

Al llegar la primavera

Milly Johnson



VERSATIL
ediciones

Capítulo 1

A veces el cosmos se toma muchas molestias para hacer que una vida salga del dique seco. En esta ocasión, por ejemplo, retuvo al ayudante de dentista en las obras de la M1, hizo que la secretaria en prácticas tuviera que encargarse de unas reservas dobles muy complicadas y que el dentista, el señor Swiftly, tuviera que hacerse cargo de una extracción especialmente difícil que retrasó el resto de sus citas más de media hora. Todo esto provocó que la sala de espera estuviera más abarrotada de lo normal por gente que se aburría y que pasaba el tiempo leyendo las revistas, dejando tan solo copia en mal estado para la señora Elouise Winter. Y no de cualquier revista, sino de *Mujeres por Mujeres*, la revista para aquellas cuyas pasadas energías juveniles y carnales ahora se invertían en el estudio de las variaciones del estofado y de diversas artes que a Lou le resultaban un tanto chapadas a la antigua, a pesar de que, a los treinta y cinco años, se estaba empezando a acercar peligrosamente al abismo de la mediana edad. De todas maneras, aquello era mejor que quedarse con la mirada perdida o leer los carteles sobre la placa dental que había en las paredes. Así que la cogió y se aposentó en el único sitio libre que quedaba, entre una mujer que, nerviosa, golpeaba el suelo con los pies y un pensionista que se parecía a Ernie Wise...

Lou primero echó un vistazo a las recetas, pero no había nada excitante. *Cinco deliciosas formas de servir una pata de cordero*. Se estremeció. Ni siquiera un Marco Pierre White desnudo que llevara la extremidad de cordero sobre una bandeja y una rosa entre los dientes podría hacer que eso le pareciera atractivo. No era capaz de pensar en el

cordero sin visualizar capas de grasa con textura similar a la de la goma, salsa de menta y a sí misma sentada sola en el comedor del colegio con seis años mientras daba vueltas al cordero en el plato deseando que se hiciera más pequeño y desapareciera para poder unirse a los demás y salir a jugar. Recordaba que la madre de Lesley Jones había escrito a la escuela pidiendo que no forzaran a su hija a comer alubias, pero Renee, la madre de Lou, se había negado a hacer lo mismo por ella y no escribió ninguna nota para que no le dieran cordero. Al final de aquel recuerdo aparecía un sentimiento de alivio, cuando descubrió que una amable encargada del comedor estaba dispuesta a tirar el odioso cordero a la basura para liberarla de la triste agonía de aquel callejón sin salida.

El cordero era el plato favorito de Phil, su marido, aunque apenas lo había cocinado para él antes de que las cosas se torcieran entre ellos, antes de que él tuviera aquella aventura. Desde aquellos días aciagos, hacía ya tres años y medio, había aparecido con bastante frecuencia en el menú, igual que lo haría aquel mismo día para la cena como resultado de aquel pequeño comentario que había hecho la noche anterior sobre que ella había engordado un poco últimamente. Lou había tratado de quitárselo de la cabeza, pero había seguido dando vueltas en su mente como un calcetín rojo en una colada de ropa blanca: destructivo e imparable. Justo cuando empezaba a creer que volvía a pisar tierra firme, él tenía que hacer un comentario sobre el tamaño de su culo.

Lou siguió echando un vistazo a la revista, desesperada por encontrar algo que la distrajera de sus pensamientos, ya que de otra forma se volvería medio loca. Había un patrón para hacer una pantalla de lámpara a ganchillo que tenía un cierto encanto *kitsch*, pero la incursión de Lou en el mundo del ganchillo había empezado y acabado en la misma tarde cuando, a la edad de once años, había elaborado una serie de cadenetas de base parecidas a lombrices a partir de un poco de lana blanca. Nunca pudo averiguar

qué había que hacer para continuar con la segunda vuelta y con todas las demás que hacían falta para hacer las complicadas fundas para tetera o las colchas de abuela que su hermana Victorianna (o Torah, como se hacía llamar entonces), podía confeccionar sin esfuerzo. No obstante, Victorianna siempre tenía buena mano para todo, tal y como decía su madre para presumir ante las desafortunadas visitas cuando les mostraba los logros de su hija más joven. *Excepto para llamar a casa cuando no necesita algo o para pedir que vayas a visitarla*, le hubiera gustado espetar a Lou. Pero no lo hacía. Tampoco hubiera servido de nada. Victorianna llevaba tanto tiempo en su pedestal que ni siquiera una explosión nuclear la hubiera hecho descender de él.

El top ten de las batas. Redacta tu propio testamento. ¡Haz limpieza general en tu vida! Jesús, ¿es esto lo que me espera a medida que cumplo años?, pensó Lou. Parecía como si, un día, su interés por los zapatos y los bolsos bonitos se centraría repentinamente en el arte de reírse de forma segura sin que en sus bragas se produjera una versión en miniatura de las Cataratas del Niágara o sin que la dentadura postiza se le saliera del sitio. Las batas eran horrendas, a no ser que te gustaran los acolchados de nailon que te podían rizar el pelo gratis si por casualidad entraras en contacto con algo metálico, y ya había redactado su testamento. No tenía Picassos que dejarle a nadie. Sin embargo, aún había al menos tres personas para ver al doctor Swiftly antes que ella, así que no tenía más remedio que tratar de interesarse en cómo se hacía una buena limpieza.

El artículo explicaba que *aligerar tus cajones de todas esas baratijas que no quieres y que no utilizas levantará tu ánimo hasta niveles que no creerías posible. Lo liberada que te sentirás al quemar todas esas recetas que recortaste de las revistas y que nunca hiciste, sin mencionar lo bien que te sentirás al tirar toda esa ropa del armario que es al menos cuatro tallas demasiado pequeña y que tenías con la esperanza de adelgazar y de poder llevarla algún día, cosa que nunca ha ocurrido.*

Lou se sintió identificada con lo de la ropa. ¿Cuánto

tiempo llevaban esos pantalones de cuadros de color gris de la talla treinta y ocho esperando a que su superdelgado trasero volviera a materializarse? Hizo un cálculo rápido y le horrorizó descubrir que habían estado doce años ocupando una percha antes y después de casarse. De hecho, había engordado casi quince kilos desde que había decidido que iba a adelgazar de una vez por todas para poder llevarlos, y si había que creer lo que Phil había dicho la noche anterior, la cosa iba a más.

Se había quedado despierta hasta altas horas de la madrugada, pensando en que necesitaba reducir las calorías. No podía imaginar lo que podría pasar si de nuevo los ojos de Phil empezaran a mirar a otras mujeres. A mujeres delgadas... Necesitaba controlar sus emociones. Y rápido.

Limpiar tu casa y limpiar tu mente. No dejes que el desorden controle tu vida. ¡Deshazte de él y vuelve a recuperar el control!, clamaba el artículo y, un parte perdida y ciega en las entrañas de Lou Winter alzó la cabeza como si notara la luz. No podía recordar la última vez que había tirado algo que no fuera la bolsa de basura habitual, y sin embargo los cajones estaban hasta arriba de cosas. En el peor de los casos, le daría algo en lo que entretenerse y que podría desviar sus pensamientos de la dirección que habían empezado a tomar.

Poniendo su mejor cara de póquer, metió la revista en el bolso cuando le llegó el turno. No la echarían de menos, se dijo, y no habría soportado otra lectura. Para compensar, tenía una pila enorme de revistas en casa que traería y que donaría en su lugar, una vez empezara su «milagrosa» limpieza total.

Si pudiera empezar por eliminar el comentario de su marido de su cabeza...